

**NUEVAS MIRADAS  
SOBRE LA GUERRA CIVIL**

Hugo García (coord.)

# Presentación

HUGO GARCÍA

De la Guerra Civil española se podría decir aquello que, al parecer, dijo Chou Enlai, primer ministro de la República Popular China entre 1949 y 1976, de la Revolución francesa: todavía es pronto para comprender su significado<sup>1</sup>. Y si esto tiene algo de *boutade*, es innegable que en pocos campos de la historiografía actual resulta tan difícil determinar el estado de la cuestión como en el conflicto de 1936-1939. Para hacer cualquier estimación general es preciso procesar el abrumador volumen de publicaciones que aparecen cada año, y la vigencia de semejantes balances es inevitablemente efímera. El crecimiento exponencial de la producción en los últimos años, estimulado por aniversarios como los de 1986, 1996 y este 2006, así como por la evidente rentabilidad comercial del tema, ha contribuido a desdibujar aun más los contornos de la historia del conflicto<sup>2</sup>. Frente a la progresiva multiplicación de los problemas, las perspectivas y las fuentes, cualquier idea de síntesis parece cada vez más inalcanzable. De ahí, quizá, la proliferación de obras generales a la que hemos asistido en el aniversario que ahora concluye: los volúmenes colectivos dirigidos por Santos Juliá y Edward Malefakis<sup>3</sup>, unidos a las síntesis individuales analizadas por Javier Rodrigo en este mismo volumen (véase *infra*, págs. 261-265), reflejan una pluralidad interpretativa que puede extrapolarse al conjunto de la bibliografía sobre la guerra.

Dicho esto, puede defenderse que el estado de la cuestión «guerra civil» es el resultado de la confluencia de dos agendas interrelacionadas. Por una parte, está la agenda pública, la de más visibi-

---

<sup>1</sup> Citado en J. M. Roberts, «¿Adiós a todo aquello?», en AAVV, *A propósito del fin de la historia*, Valencia, Eds. Alfons el Magnànim, 1994, pág. 80.

<sup>2</sup> Un útil resumen de la evolución de la historiografía, en Juan Andrés Blanco Rodríguez, «El registro historiográfico de la Guerra Civil, 1936-2004», en J. Aróstegui y F. Godicheau (eds.), *Guerra Civil. Mito y memoria*, Madrid, Marcial Pons-Casa de Velázquez, 2006, págs. 373-406. Para años más recientes, se puede ver mi *review* «La historiografía de la Guerra Civil en el nuevo siglo», *Ayer*, 62, 2006 (2), págs. 285-306.

<sup>3</sup> Santos Juliá (coord.), *República y guerra en España (1931-1939)*, Madrid, Espasa Calpe, 2006; Edward Malefakis (dir.), *La Guerra Civil española*, Madrid, Taurus, 2006.

lidad mediática y editorial, marcada por intereses políticos, sociales y comerciales. La peculiaridad de la guerra como objeto historiográfico reside, precisamente, en que, por su carácter de tema sensible y permanentemente politizado, los factores sociales tienen una influencia mayor de lo normal en la agenda de los investigadores. En la última década, hemos visto cómo el movimiento para la «recuperación de la memoria histórica», impulsado por los grupos de oposición a los gobiernos del Partido Popular y las reivindicaciones de los «nietos de la guerra», ha convertido a la represión franquista en el tema estrella de la historiografía sobre el conflicto<sup>4</sup>. Paralelamente, el revisionismo neo-franquista encabezado por divulgadores como Pío Moa y César Vidal ha sido denunciado por historiadores académicos como Enrique Moradiellos, Francisco Espinosa y Alberto Reig, abriendo un debate que ha supuesto, a juicio de algunos analistas, «la ruptura del consenso» forjado durante la Transición<sup>5</sup>.

Pero, como sucede en otros ámbitos de investigación, las decisiones de los historiadores de la guerra obedecen también a criterios *científicos*: la posibilidad de explotar nuevas fuentes, el planteamiento de nuevos problemas, la utilización de nuevas herramientas teóricas. La agenda pública o social coexiste, por tanto, con la de los historiadores que se dedican profesionalmente al tema, en general dentro de las universidades o centros de investigación. Como es obvio, ambas agendas están interrelacionadas: los intereses políticos y editoriales influyen, y mucho, en el tipo de fuentes buscadas, la metodología empleada, los temas escogidos, los debates planteados. A menudo, las pretensiones de objetividad esconden una historia tan ideologizada como la que se hacía hace cuarenta años<sup>6</sup>. Pero, afortunadamente, la agenda pública no determina de manera absoluta a la gremial: la historiografía de la guerra conserva una cierta autonomía frente a las demandas de su entorno, y ahí reside la posibilidad (al menos teórica) de que se produzcan avances objetivos en la investigación.

---

<sup>4</sup> Cfr. Paloma Aguilar, «Presencia y ausencia de la guerra civil y del franquismo en la democracia española. Reflexiones en torno a la articulación y ruptura del *pacto de silencio*», en J. Aróstegui y F. Godicheau (eds.), ob. cit., págs. 245-293.

<sup>5</sup> Cfr. Manuel Pérez Ledesma, «La Guerra Civil y la historiografía: no fue posible el acuerdo», en Santos Juliá (ed.), *Memoria de la guerra y el franquismo*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias (en prensa).

<sup>6</sup> Pablo Sánchez León, «La objetividad como ortodoxia. Los historiadores y el conocimiento de la Guerra Civil española», en J. Aróstegui y F. Godicheau (eds.), ob. cit., págs. 95-135.

Desde esta perspectiva, el monográfico que aquí se presenta no pretende ofrecer el estado actual de nuestros conocimientos sobre el conflicto: para ello, se pueden consultar con provecho las obras de síntesis citadas más arriba, así como un *dossier* publicado en la revista *Ayer* en 2003<sup>7</sup>. Su objetivo consiste, más bien, en dar cuenta del tipo de problemas que se están planteando los especialistas actuales, las conclusiones a que están llegando y cómo están contribuyendo éstas a renovar nuestra visión del conflicto. El dilema de los orígenes es abordado aquí por Rafael Cruz, autor de uno de los libros más originales de este 2006, desde una perspectiva radicalmente revisionista, que cuestiona la conexión entre las movilizaciones y violencias callejeras de la primavera de 1936 y el golpe del 18 de julio. Josep Antoni Pozo, por su parte, reconstruye con detalle el paradójico proceso que marcó la evolución política de la zona republicana durante el primer año del conflicto: el derrumbamiento del Estado frente a las fuerzas revolucionarias, y su gradual recomposición gracias a la ayuda de éstas. Ángel Viñas ofrece una síntesis de su nuevo libro sobre las complejas relaciones entre la Unión Soviética y la República española, recordándonos el valor que tienen los archivos de la antigua URSS para comprender el contexto internacional del conflicto. La realidad social y política del bando *nacional* es abordada por dos trabajos de muy distinto signo: el de Carlos Gil Andrés sobre la represión en la retaguardia riojana, un modelo de historia oral y eficacia narrativa; y el de Francisco Cobo Romero y Teresa María Ortega López sobre los discursos dominantes en la Andalucía sublevada, un ensayo de historia post-social donde late la preocupación de ambos autores por las bases sociales de la Dictadura. El monográfico concluye con un análisis comparado de Ángela Cenarro sobre las repercusiones que la «guerra total» del 36 tuvo para las mujeres españolas, y una reflexión teórica e histórica de Rafael del Águila sobre cómo deben memorarse la guerra y el franquismo, uno de los temas que más controversia han generado en los últimos años.

Estos artículos, de naturaleza e intención muy diversa, no pretenden ofrecer una visión cerrada del conflicto del 36 ni representar el «estado de la cuestión», pero demuestran que, por debajo de la «guerra de palabras» que marca la agenda pública, siguen haciéndose trabajos valiosos. Frente a la visión tradicional

---

<sup>7</sup> Enrique Moradiellos (ed.), *La Guerra Civil*, *Ayer*, 50, 2003.

de la Guerra Civil como un ámbito sobreexplotado y metodológicamente atrasado, se vislumbra aquí la de un campo de experimentación teórico, uno de los más fértiles y sugerentes de la historiografía actual.